

## El tono moral y las deficiencias

**E**N un tono moral convincente y con una fórmula periodística inadecuada, el presidente ocupó ayer tres cuartos de hora en transmitir al ciudadano español su permanente y muy rentable —eso hay que decirlo pronto— mensaje de esperanza, un mensaje que ya no podía ser, por fuerza, idéntico al que impartía en sus tiempos de oposición y campaña. Quizá por eso, la innegable convicción que se desprende de sus palabras y su intención de hacer creíbles sus pensamientos, sus ideas y sus planes, no tuvieron la fuerza de otras veces. Faltó la precisión, a mi juicio, y, fundamentalmente, un profundo análisis del estado de los grandes problemas y de sus posibles soluciones.

No basta, por eso, con las grandes frases y Felipe González las prodigó. La televisión recogió siempre los primeros planos, a modo de cartel electoral, los planos en los que el presidente se «comunica» más fácilmente con sus interlocutores, pero esta vez sólo había uno, vacilante, que no supo o no quiso plantear rudamente las graves cuestiones pendientes. Un ejercicio de moderación que el señor González no le tiene por qué agradecer, porque él, sobre todo, es un experto en el juego en corto, en la réplica inteligente a la pregunta agresiva, y en la respuesta comprometida a la pregunta impertinente.

Media hora estuvo íntegramente dedicada a la crisis económica. El presidente huyó de dos tentaciones igualmente posibles: el achacar todos los males a la «difícil situación heredada», una deplorable definición que sólo acarreará problemas a este Gobierno, y el insistir demasiado en sus promesas electorales, sobre todo cuando ha transcurrido el suficiente tiempo como para que el ciudadano de a pie haya caído en la cuenta que tales promesas no suelen sufrir milagros inmediatos. El presidente no utilizó, pues, fórmulas mágicas, se limitó a hacer un llamamiento a la solidaridad, que va a resultar difícilmente inteligible para el español parado, para el que espera el primer empleo, para el que tiene graves problemas de seguridad o para el que ha sido declarado «incompatible», aunque forme parte de esa mínima —según parece— porción a los que el presidente pidió perdón por la injusticia.

Felipe González se centró en el análisis inteligente de las incompatibilidades, el gran tema del momento. Salíó adelante con una verdad a medias: la ley no es nuestra, la ley es de la derecha, de UCD, de Alianza y de Convergencia. El argumento, dialécticamente irrefutable, es insuficiente, porque no recoge los proyectos inmediatos que sí son de este Gobierno y que ya han levantado ampollas y las primeras críticas en el Partido Socialista, en el que se teme —lo decía el presidente del Senado— la avenida de los más incapaces, sustitutos de los que se van a casa porque no están dispuestos a gastarse en la práctica política o funcional.

El presidente, sin embargo, debía decir esto. Era su razón y la utilizó hábilmente. No pudo decir que las cosas hayan mejorado desde que, hace siete semanas, se sentara por primera vez en la Moncloa. ¿Van peor?; nos quedamos sin saberlo porque el entrevistador no quiso plantearle la «siguiente pregunta», la fórmula periodística segura en cualquier entrevista múltiple o en una convencional conferencia de prensa. La lástima es que todos nos creímos que la entrevista no estaba preparada, ni siquiera «negociada», pero todos sospechamos que había una inteligencia tácita entre ambos interlocutores.

**D**URANTE toda la entrevista tuve personalmente la impresión de que existe una disfunción, una evidente diferencia de comportamientos entre Felipe González, alguno de sus consejeros y sus seguidores fidelísimos. Al punto que podría decirse que lo malo del presidente son sus intérpretes, alguno de los cuales, por ejemplo, no ha sabido interpretar su orden de no interferir para nada en la televisión pública, maltratada por la estolidez supina de unos ejecutivos incapaces y embusteros. Felipe González salió como pudo del amable trance en que le puso Ramón Colón cuando abordó tímidamente el tema crucial que ha puesto en jaque la credibilidad del Gobierno.

El presidente confía en sacarnos del atolladero de la crisis y pide que no disminuya la esperanza. En adelante, deberemos saber cómo va a hacerla, ya que, según reconoció, ninguna de las medidas tomadas hasta ahora es suficiente para hacerlo. Este, a mi parecer, fue el gran déficit de la entrevista: la falta de planes claros y concretos. Salvo —eso parece ya comprobado— en un punto clave: el terrorismo, en el que el Gobierno (no sé si un vicepresidente) ha dado muestras —eso es indudable— de tener una política específica que reponde a lo que ayer decía el presidente: Nada contra la unidad de España. Lo demás —eso pudiera inferirse de sus palabras— puede hablarse.